

Llegar a creer

(Jn 20, 6)

Mientras Jerusalén iba pensando en volver a la normalidad después de las fiestas de Pascua; mientras unos y otros se bendecían al despedirse; mientras comenzaba a sembrarse el deseo de volver al año siguiente; mientras se hacía balance de las ganancias de esos días; mientras dirigentes del templo volvían una y otra vez a ponderar la belleza de los actos allí celebrados, mientras muchos descansaban de los trabajos extras a los que tenían que haber hecho frente... mientras tanto, en el silencio de la madrugada una mujer visita un sepulcro y allí mismo comienza el primer día de la semana.

Digámoslo claro, hasta entonces todos los días eran iguales y todas las fiestas pura ficción porque, como había recordado el sabio del Eclesiastés, *todo es vanidad*. Todo termina en nada. *No hay nada nuevo bajo el sol*. El hombre se engaña y sueña con un final feliz para sus afanes, pero *todo es vanidad y sembrar vientos*.

Una mujer se dirige a un sepulcro que está abierto. Hoy en el Evangelio no se anuncia la resurrección, sólo nos dice que una mujer dolorida y dos hombres, hechos y derechos, pero vencidos y temerosos, corren hacia un sepulcro vacío. Allí, en medio de un día que quiere y nos sabe despuntar, en vueltos por la oscuridad de una historia de esperanza crucificada, en medio del vacío del sepulcro, comprenden. El Señor había de pasar por la cruz para llevar su amor hasta el final en esta tierra sembrada de incredulidad y pecado, pero su amor era el amor eterno de Dios, al que no puede vencer ni siquiera el odio, ni siquiera la muerte. Entonces comprenden.

No habían comprendido antes, porque antes siempre creemos que Dios es el que gana las batallas de la vida, el todopoderoso que reparte dádivas aquí y allí o se las guarda (y no sabemos por qué). Pero ahora comprenden. El Señor es el que sabe y puede amar hasta la muerte yendo más allá, sin que ésta detenga su amor. Y así nos enseña que su amor es la Vida y que su presencia abre el verdadero primer día de la historia. El día sin el cual todo es vanidad y con el cual todo es esperanza.

Los discípulos ahora miran la cruz y reconocen al Viviente que se dirige a ellos para alentarnos y enseñarles a amar hasta hacer fecundos sus dolores. Porque sólo desde el sepulcro se cree en el resucitado. Antes nuestra fe es todavía sólo fe en nuestras pobres posibilidades.